

LUIS FELIPE EN ESPAÑA

(JULIO DE 1809 - DICIEMBRE DE 1810)

por el Coronel BERNARD DRUENE (*)

Luis Felipe, tal como la historia y, sobre todo, la leyenda nos lo muestran generalmente, es uno de los príncipes franceses más desconocidos. El Rey ha hecho olvidar al hombre. Tanto Daumier como Lamartine nos han transmitido de él la imagen, o más bien, la caricatura, de un gran comodón un poco ridículo, de un rey demasiado prudente, demasiado burgués, demasiado económico, dejando a Francia aburrirse y enriquecerse. Se suele olvidar al General de División de 19 años, disgustado por la insolencia de sus soldados del año II de la República, y llorando a veces descorazonado ante sus huéspedes belgas, pero llevando espléndidamente sus hombres al fuego y conquistando su grado y la admiración del ejército en Jemmapes, en Tirlemont y en Nerwinden.

Se conocen los apuros económicos del emigrado que enseñaba matemáticas en un colegio suizo. Pero se ha hablado menos del ardor romántico del joven príncipe por la hermosa Madame de Flahaut, con quien estaba dispuesto a casarse y de la que sus amigos le arrancaron enviándole al extremo Norte. Ha descendido por el *Messachébé* (Missisipi) hasta el país de Atala (1), y, después, como un nuevo caballero andante, ha conmovido el corazón de dos hijas de rey y soñó incluso con conquistar una corona. El también ha sido joven en los tiempos de Werther, de René y de la Epopeya; pero los «hijos del siglo» han pretendido ignorarlo.

Para complacer a su madre y al Directorio, que ponía ese precio a la liberación de sus hermanos, Luis Felipe se había trasladado

(*) Traducción española del coronel de E. M. Juan Priego López.

(1) Protagonista de la obra de Chateaubriand del mismo nombre (*N. del T.*).

a América. Y, más adelante, como España rehusara admitir, tanto en su imperio como en la metrópoli, a los hijos del *Regicida* («Felipe Igualdad»), éstos fueron acogidos por Inglaterra.

En 1803, Luis Felipe se establece en Londres y, como había hecho las paces con Luis XVIII, fue recibido por el Conde de Artois. Los dos príncipes figuraron en paradas militares inglesas. El de Orleáns, que había entrado de nuevo en contacto con Dumouriez—constituido en asesor militar del Gobierno inglés—, ostentaba primeramente su uniforme de teniente general de Luis XVI o de visionario de la República, y después, un simple frac, para no disgustar al futuro Carlos X.

Luis Felipe vivía entonces «con las cien guineas que los ingleses le daban», según le declaró a la reina de Nápoles, su futura suegra, confesándole al propio tiempo su proyecto de reunión con la princesa Isabel de Inglaterra (después, princesa de Hesse-Hombourg) «que tiene treinta y ocho años y está muy rolliza... El rey Jorge no sabía nada de ello, y no lo hubiera permitido... La Reina se había dado cuenta, pero se hacía la desentendida, y solamente las dos hermanas y su hermano el Duque de Kent (padre de la reina Victoria), estaban en el secreto» (2).

Orleáns no fue admitido con su grado en el ejército austriaco, pero ofreció su espada a Inglaterra, y, el 3 de octubre de 1805, Castlereagh—aun llenándole de cumplidos—, le expresaba «su sincera condolencia de que los reglamentos del servicio británico no le permitieran recomendar al Rey (Jorge III de Inglaterra) la aceptación de tan distinguida muestra de afecto de Vuestra Alteza Serenísima» (3).

Dumouriez, bien considerado en la Corte, hablando con libertad a los príncipes y a los ministros y muy satisfecho de su papel de inspirador del Gabinete, no dejará nunca de apoyar al que, con cierta condescendencia, designa a menudo como su «ayudante de campo».

Por largo tiempo, con el apoyo del Duque de Kent, se esforzó en procurar al Duque de Orleáns un trono en América, donde Inglaterra se interesaba en sublevar las colonias españolas. «Me ale-

(2) DUCHESSE DE VENDÔME: *La Jeunesse de Marie-Amélie, reine des Français, d'après son journal*, (Paris, 1935, un vol., en 16.º de VI et 291 pp.).

(3) *Castlereagh Paper's*. (Tres series de volúmenes: 2.ª Serie, tomo VIII, pp. 9 y 10).

gro mucho de saber que un gran hombre, el inmortal Pitt, se había ocupado seriamente de ello hace tres años» —escribía Dumouriez—, y desde 1806 a 1807, multiplicará las notas, cartas y gestiones para «crear un rey en Méjico, y por esta creación adquirir un poderoso aliado que, seguidamente, contenga a los americanos, os ayude a expulsar a los franceses y holandeses de las Antillas, y os abra un mercado para vuestras manufacturas... Obtendréis, sin disparar un tiro, el dominio del Golfo de Méjico por la posesión de La Habana, el de las Filipinas y los mares del Sur, por la ocupación de Manila, que el nuevo rey os cederá como precio de su exaltación». Para tal aventura, se requeriría «un príncipe de la casa de Borbón, que no sea de la rama española ni de la rama francesa, aunque teniendo un derecho directo a la corona de Francia. Ese príncipe debe ser conocido de antemano por su bravura y sus talentos, etc.... Todas estas cualidades se encuentran reunidas en el Duque de Ordeáns, que tiene en su favor, a los ojos de la nación inglesa, el mérito de haberse acostumbrado, desde hace cinco años, a las costumbres, usos y lengua del país que le ha proporcionado un generoso asilo; que es amado y estimado por el Rey, los príncipes, la familia real y la nación».

El Duque, para apoyar su candidatura, dirigió al primer ministro una memoria sobre Méjico, redactada en inglés, y concluía ofreciéndole al Gobierno británico, como príncipe designado para reinar allí, su concurso personal y sus servicios. Y añadía: «A pesar de los lazos que me ligan al rey de España, de una parte, su conducta respecto a mí, mi sobrina y mis hermanos (4), y, de otra, la actitud que ha mantenido respecto a todos los Gobiernos jacobinos, incluido el del actual usurpador del trono de Francia, justifican, no sólo en el terreno legal, sino ante las exigencias del honor, el que me empeñe en cualquier acción hostil contra ese Gobierno, y consideraría como un favor el ser empleado activamente contra un soberano y un país, cuya política ha demostrado la mayor enemistad para mi familia, desde el comienzo del siglo XVIII o, en otros términos, desde el advenimiento del Duque de Anjou, Felipe V, al trono de España» (5).

El Duque no perdonaba a Carlos IV el haber sido expulsado

(4) Alusión a la negativa de admitirlos en España, y a la expulsión de Luis Felipe de La Habana.

(5) *Letters and Dispatches*, Ob. cit., t. VII, p. 244.

de sus Estados, ni olvidaba la rivalidad entre Felipe V y su abuelo, el Regente.

Dumouriez presentó también la candidatura del príncipe francés, como el mejor medio de aprovechar en favor de Inglaterra la ocupación de Buenos Aires, aún después de que D. Santiago de Liniers (nacido en Francia, pero naturalizado en España), hubiera reconquistado la ciudad, venciendo y haciendo prisionero a Beresford. Pero tampoco esta propuesta tuvo resultados positivos.

En diversas ocasiones, en 1812 y 1813, el viejo general propondrá —sin éxito, desde luego—, que se confiara al Duque de Orleáns, que vivía entonces en Sicilia, el mando de un ejército anglosiciliano, para desembarcar en Italia y fomentar la insurrección. Luis Felipe, de nuevo en posesión de su fortuna personal, concederá a Dumouriez, después de 1815, una renta de diez mil francos anuales; mientras que Luis XVIII sólo le ofrecía al tráfuga su retiro de Teniente General, pero le rehusaba el bastón de Mariscal y el título de par en Francia.

La llegada del Conde de Provenza (Luis XVIII) y su admisión en Inglaterra, a fines de octubre de 1807, la altanería del Conde de Artois y la frialdad de los Duques de Angulema y de Berry, acentuada por la hostilidad de una parte del séquito de los príncipes, hicieron delicada la situación de Luis Felipe. Se había adherido al «Rey legítimo»; había sido acogido, pero con ciertas reservas. Por otra parte, le pesaba la inacción.

En el mes de octubre de 1808, parte con su hermana Adelaida para Sicilia, donde reina también un Borbón, Fernando IV, rey de Nápoles, hermano del rey de España Carlos IV, y marido de Carolina, hermana de María Antonieta, expulsado de la tierra firme, donde José Bonaparte y, luego Murat, ocupan el trono. El viaje es largo, y Luis Felipe un hombre reservado. Tal vez pensaba ya en abrirse camino en España. Hace escala en Gibraltar. Su agente Broval, encargado de retirar del territorio español a la Duquesa viuda de Orleáns, logrará su propósito; pero continuará en la península sublevada, para informar a su dueño e intrigar en su favor. El Duque pasa por Malta y busca la ocasión de emplearse: «si puedo tomar parte en la guerra de Italia, lo haré; si no regresaré a Malta, y de allí, a Hampton Cour» (6).

(6) Luis Felipe a Monsieur de Guilhermy, Malta, 29 de marzo de 1809 (citada en *Papiers d'un émigré, 1789-1829*, del Barón de Guilhermy, un vol. en 8.º, de 511 pp., Plon, 1886, p. 206).

Como era de esperar, la abdicación de Carlos IV, seguida de Fernando VII en Bayona, en favor del emperador Napoleón, que retiene en su poder a los dos soberanos desposeídos y al hermano de Fernando (el infante D. Carlos), crean una situación difícil.

El pueblo, desde el primer día, y la mayoría de los dirigentes, tras alguna vacilación, se niegan a aceptar las decisiones del Emperador y de la Asamblea de Bayona, y a reconocer al rey José. La España insurrecta, ignorando o excusando las flaquezas de Fernando, no quiere otro soberano que él, y considera al Rey impedido de ejercer sus prerrogativas, pero no da el trono por vacante. Lo cual suscita naturalmente pasiones encontradas, ambiciones, intrigas, incertidumbres. Palafox, exaltado por el pueblo de Zaragoza al mando supremo de la provincia, como Capitán General de Aragón, advertía en el artículo 2.º de su manifiesto del 31 de mayo de 1808, que en un atentado contra las preciosas vidas del Rey, de sus hermanos (D. Carlos y D. Francisco) y tío (D. Antonio Pascual): «para que la España no carezca de su Monarca, usará la nación de su derecho electivo a favor del archiduque Carlos, como nieto de Carlos III, siempre que el príncipe de Sicilia (7), y el infante (portugués) don Pedro y demás herederos no puedan concurrir».

Un primer organismo, la Junta Central, había asumido la dirección de la política, hasta 1810, en que fue sustituida por una Regencia. Después, con el fin de asentar la autoridad sobre el consenso general de la nación, fueron convocadas las Cortes.

En Cádiz, donde el Gobierno central hubo de refugiarse tras la conquista de Sevilla por los franceses, las Cortes (allí reunidas), asumieron de hecho la soberanía y recabaron para sí el título de Majestad.

Estrechamente asediadas en la isla gaditana, pero comunicando libremente por vía marítima con la España no ocupada, las Cortes dirigirán la lucha contra el rey José, sus partidarios y aliados, y contra los insurrectos de las colonias de América; así como contra el antiguo régimen, proclamando desde 1812 una constitución li-

(7) Leopoldo, hijo del rey Fernando IV de las Dos Sicilias, hermano de Carlos IV de España. Leopoldo era, pues, primo hermano de Fernando VII. (El Archiduque también lo era, como hijo de la infanta española María Luisa, hermana de Carlos IV, casada con el Gran Duque Leopoldo de Toscana, después emperador de Alemania. *N. del T.*)

beral, que será en España, en Nápoles y Piamonte, el motivo de enconadas luchas civiles a lo largo del siglo XIX.

Desde su llegada a Sicilia, Luis Felipe se asociará a la tentativa del rey de Nápoles de asegurar a su hijo Leopoldo la regencia de España. El Duque había causado muy buena impresión en la Corte; las prevenciones que se tenían contra él quedaron desechadas. La hija del Rey, María Amelia, encontró muy de su gusto a este lejano pariente, hijo del «Regicida», tachado de ex jacobino y de príncipe errante. Y el diario de la joven nos da clara versión de la aventura (8):

«5 de julio: El Duque de Orleáns y Drumond han hecho instancias repetidas para acelerar la partida de Leopoldo para España; y, al fin, Papá (el rey de las Dos Sicilias Fernando IV, hermano de Carlos IV de España), ha decidido que Leopoldo irá en seguida a España a bordo del navío inglés «Le Spartiate», para asegurar la regencia, en el lugar y puesto de Papá, en nombre de Fernando IV (*sic*)».

El Rey se sentía feliz de dar a su hijo un mentor experimentado en la guerra y en el trato de los hombres, y le confió «el mando de las tropas de España, acompañando a su hijo Leopoldo» (9).

El 19, la Princesa escribe: «Mamá (10) me ha repetido todas las palabras del Duque de Orleáns. Ella le ha dicho que era necesario esperar, porque Fernando VII pediría mi mano, y no se le podría rehusar.—Yo he respondido en seguida, firme y sinceramente, que prefería mil veces al Duque de Orleáns, establecido entre nosotros, que al rey de España, con todas sus grandezas».

También para las princesas, los ausentes nunca tienen razón; y, a pesar de las reticencias maternas, pero con la discreción que convenía entonces a los jóvenes bien educados, Luis Felipe y María Amelia van a expresar sus sentimientos con ocasión de la partida de él para España. La futura reina de los franceses anota el 26 de julio en su diario: «Leopoldo se embarca con los señores de Saint Clair y Lossieux y el Duque de Orleáns, quien dándome el brazo, al descender de la escalera, me ha confirmado su afecto y el cuidado que se tomaría por Leopoldo. «Haría cualquier cosa por él (Leopoldo); le soy enteramente adicto. ¡Ah, si supiérais cuánto os esti-

(8) *La Jeunesse de Marie Amélie*. (Ob. cit., p. 185).

(9) *Ibid.*, Diario del 16 de julio.

(10) La reina Carolina de Nápoles, hermana de María Antonieta.



Luis Felipe, duque de Chartres, con uniforme de general de División de la República.
Litografía de la Galerie du Palais Royal. (Ilustraciones tomadas de la colección particular del autor.)



El rey Fernando IV de Nápoles, suegro de Luis Felipe.
*Reproducido de "La jeunesse du Louis Philippe et de Marie Amélie",
por Imbed de S'Amant, 1894.*

mo! ; ¡cuán sinceramente me intereso por vos!...». Y María Amelia, responde: «Confío en vuestros sentimientos», y, después, en el momento de embarcarnos, le he dicho: «No os olvidéis de recordar a mi hermano que me escriba; le he pedido que me envíe noticias vuestras», y él estrechando mi brazo contra su corazón, me ha contestado: «¡Ah, qué buena sois! Os suplico que, en todo tiempo, me conserveis vuestros sentimientos y vuestra grata amistad.» Yo repuse: «Contad con ello, yo soy inquebrantable en mis sentimientos» (11).

Si el de Orleáns no logró arrebatarse su reino al «prisionero de Valençay», le quitó al menos, la dama de sus pensamientos. Luis Felipe y María Amelia formarán una pareja perfectamente unida. Llevarán una vida conyugal sin nubes; sus hijos, todos bien avenidos, serán dignos de su rango, harán honor a la educación recibida y servirán últimamente a su país. Desgraciadamente, el mayor, que tal vez hubiera ahorrado a Francia las convulsiones de 1848 y la inexperiencia presuntuosa de Napoleón III, murió trágicamente en un accidente.

Fuesto al corriente del proyecto por Luis Felipe, el Duque de Kent ha prevenido a Leopoldo «que desconfíe del Marqués de la Romana, que ha dejado el servicio de Bonaparte para trasladarse a España. Este último tiene ideas muy revolucionarias (¡...!); proyecta organizar un partido, a fin de entregar España, no a un príncipe de la Casa de Borbón, sino a un español, probablemente el propio la Romana» (12).

Lo cual no impide la partida de los príncipes. Su fragata llega sin inconvenientes a Gibraltar, donde el Gobernador no les permite que desembarquen, y la fragata tiene orden de no regresar a Sicilia. ¿Perfidia de Albión? No del todo, sino una prueba evidente de la independencia de los príncipes con respecto al Gobierno, y de la autonomía de los agentes británicos, libres prácticamente de desarrollar la política local que más convenga. El que permitió el viaje no es reprendido; pero el que prohíbe el desembarco es felicitado, si no por la familia real, al menos, por el Ministerio. «Me complazco en aseguraros la aprobación de Su Majestad a las medidas que habeis tomado en una circunstancia tan importante y

(11) *La Jeunesse de Marie Amélie*, p. 182.

(12) *Ibid.*, p. 193. (No creemos necesario ponderar lo fantástico de estos informes, de que se hace eco la princesa napolitana. (*N. del T.*).

«delicada», escribe el Primer Ministro al Gobernador, que parece haber obrado de acuerdo o por instigación de la Junta de Sevilla.

Leopoldo regresó a Palermo, y el de Orleáns, a Inglaterra, visitando de mejor gana al Duque de Kent y a Dumouriez, que a los hermanos de Luis XVI; pues «en esta corte, ambulante como una nube, se producen todavía tempestades, porque para formarlas no faltan vapores», decía Las Casas, el representante de España en Londres.

Luis Felipe puso en orden sus asuntos en Hampton Court, donde tenía su residencia; tomó contacto con sus amigos, y, pesando el pro y el contra, se decidió por el matrimonio siciliano. Se dirigió, pues, a Mahón, para recoger a su hermana Adelaida, que le acompañará de nuevo a Sicilia, donde ya se encontraba su madre.

Desde Mahón escribió, el 25 de septiembre de 1809, una carta al Duque de Portland, jefe del Gabinete inglés, y por su conducto, al rey Luis XVIII, para pedirle autorización de contraer el matrimonio que desea, y otra, al propio Duque, solicitando «continuar disfrutando en Sicilia el subsidio que el Gobierno de S. M. británica le había concedido hasta el presente, como si estuviera en Inglaterra», favor otorgado anteriormente a su desgraciado primo, el difunto Duque d'Enghien... «No necesito añadir, Mylord, que el Gobierno de Su Majestad podrá contar, en cualquier situación en que me encuentre, con mi reconocimiento y adhesión inalterables para Inglaterra, y que me alegraré mucho que mi conducta obtenga su aprobación y esté de acuerdo con sus miras» (13).

Le rogó también al Duque de Kent que apoyara estas gestiones. El subsidio fue mantenido y extendido, más adelante, a la Duquesa viuda. Y el rey de los franceses no olvidará los favores prestados al Duque de Orleáns.

* * *

En Londres corrieron rumores de un acuerdo entre Fernando IV y Napoleón. Algunos pensaban incluso en un acomodo entre este último y el Duque de Orleáns; pues el Emperador se había mostrado muy benévolo con la Duquesa viuda.

(13) COLONEL DE GUILHERMY: *Papiers d'un émigré, 1789-1829*. (Paris, Plon, 1886, p. 215). «Habeis aceptado de buen grado encargaros de mis asuntos en Inglaterra», escribió Luis Felipe al señor de Guilhermy, constituido así en agente suyo.

Entregado a la felicidad de su reciente matrimonio, el Duque vivía por entonces sin preocupaciones, estudiando un plan de defensa de Sicilia; mientras que sus amigos Dumouriez y el Duque de Kent, y su representante en Londres, Guilhermy, le seguían prometiendo un trono en América.

El de Orleáns se apartará muy pronto de este ambiente apacible, para buscar nuevamente fortuna en España.

Una carta del 4 de marzo de 1810, llegada a Palermo el 5 de mayo por conducto de D. Mariano Carnerero, que viajaba en una fragata de guerra española, estaba concebida en los siguientes términos: «El Consejo Supremo de la Regencia de España invita a V. A. (14) a tomar el mando de un ejército en Cataluña».

Otra carta del mismo Consejo al rey de las Dos Sicilias, expresaba el deseo de que «un príncipe de la augusta casa de Vuestra Majestad se ponga a la cabeza de un ejército español para provocar sediciones en el interior de Francia... El príncipe más adecuado para cumplir nuestros designios a éste respecto es el serenísimo Duque de Orleáns... Le ofrecemos el mando de un ejército en Cataluña y en las demás provincias donde su presencia contribuya a lograr el elevado fin a que aspiramos» (15).

La partida se decidió pronto. El 22 de mayo, el Duque se embarcaba en la fragata «La Venganza», con su agente en España, M. de Broval, a quien el rey de las Dos Sicilias agrega a sus dos legaciones de España y de Inglaterra, y quien pide a M. Guilhermy que haga pintar un retrato del Duque «con uniforme de Capitán General español, añadiéndole la orden del Saint-Esprit». El propio Duque comenta brevemente el acontecimiento: «Se dirá que es algo tarde, y estoy de acuerdo...»; pero parece haberse ilusionado con el encargo de la Regencia, considerándose «invitado al mando del ejército español de Cataluña... Constituye una inmensa satisfacción en una posición como la mía poder emprender cualquier cosa».

Tal vez el príncipe se sentiría menos entusiasmado, si conociera el pensamiento exacto de los regentes, tal como lo expresa un miembro influyente del Gobierno español, el Sr. Bardaxí, en una carta (16):

(14) El Duque sólo tenía entonces el tratamiento de Alteza Serenísima; en cambio, su esposa era Alteza Real.

(15) Las dos cartas estaban firmadas por el Presidente D. Francisco Xavier Castaños, y los regentes D. Francisco de Saavedra, D. Antonio Escaño y D. Miguel de Lardizábal.

(16) 28 de abril de 1810.

al General D. Enrique O'Donnell, gobernador de Cataluña: «...El Duque de Orleans irá a servir a Cataluña, con objeto de excitar el entusiasmo que reina en las provincias meridionales de Francia en favor de la casa de Borbón, y de hacer una tentativa de provocar allí un movimiento contra el usurpador Bonaparte...» El Príncipe habría de ser tratado como los infantes de España. Se debían promover desertiones entre las tropas enemigas, a fin de procurar un Cuerpo importante de franceses con el que entrar en Francia.

El Duque llegó a Tarragona a primeros de junio de 1810. La situación —favorable en marzo, después del fracaso de la expedición de Suchet a Valencia—, se había hecho muy difícil. O'Donnell, derrotado el 28 de abril en Margalef, no había podido impedir que Suchet se apoderase de Lérida el 14 de mayo, haciendo 9.000 prisioneros, y que asediara luego Mequinenza, que cayó a su vez el 9 de junio.

Tarragona se hallaba así directamente amenazada, y Luis Felipe no se entretuvo en ella. Durante su estancia y en ausencia de O'Donnell recibió los estados de fuerzas de las diferentes Armas (Infantería, Caballería y Artillería), pues todavía no funcionaba el Estado Mayor General que acababa de crearse en Cádiz por iniciativa del General Blake (17). En la plantilla del ejército español de Cataluña figuraban 37.456 infantes, pero sólo 27.771 estaban disponibles, y faltaban 4.921 fusiles y 10.106 bayonetas. El efectivo nominal de la Caballería era de 3.149 jinetes y 2.271 caballos; si bien los efectivos presentes se reducían a 1.222 hombres y 1.199 caballos. En cambio, había más de 2.000 oficiales.

Al Duque se le permitió inspeccionar la plaza, pero no se le hizo entrega del mando. Sin embargo, organizó una recluta de desertores enemigos, que todavía en diciembre de 1810 seguía dando buenos resultados y que consideraba como el único beneficio producido por su viaje a España (18).

(17) El Estado Mayor General español se creó por Real Orden de la Regencia de 9 de junio de 1810. Hasta entonces había regido en España el mismo sistema de Estados o Planas Mayores particulares de las Armas, que se practicaba en Francia hasta la adopción del sistema divisionario.

(18) GUILHERMY: *Ob. cit.*, p. 286 Esta noticia, destinada a ser difundida en Londres, es quizá deliberadamente optimista, y a falta de cifras concretas, difícil de controlar. Por otra parte, había entonces muchos elementos extraños en los regimientos franceses y aliados (italianos, napolitanos, alemanes, etc.) del ejército de Cataluña.

Como Luis Felipe se dio muy pronto cuenta de que, a pesar de las cortesías de que era objeto, no se le concedía ninguna autoridad, decidió trasladarse a Cádiz, informando con fecha 5 al Consejo de Regencia. Se embarcó, pues, de nuevo en la fragata «Venganza», y llegó al gran puerto del Atlántico el 20 de junio, según el diario de la Regencia, o el 19, según consta en los despachos de Wellington (19).

En Londres, la aventura causaba tanto más sensación, cuanto que el Ministerio había rehusado al Duque de Angulema el permiso de ir a España con el pretexto de lanzar unas proclamas a la nación y al ejército francés «de una necesidad extraordinaria» (20).

Desde la llegada del Duque de Orleans a la capital de la España resistente, el Consejo de Regencia le recibió «de la manera más brillante: salvas y tropas cubriendo la carrera, y una audiencia pública, a la que concurrieron todos los ministros extranjeros, los Grandes de España y los generales. El propio General Castaños me ha saludado con el mayor respeto». Recibió seguidamente multitud de visitas, pues «no tencis idea del número de los que vienen a verme». «Se nos trata a maravilla», escribió Broval (21). «El Duque ha visitado las fortificaciones de Cádiz y los ejércitos inglés y español. El General Graham le ha rendido honores en toda la línea».

Considerado siempre como un infante de España, el Duque entregó a los regentes unas «reflexiones sobre lo que he visto y oído durante la corta estancia que he hecho en Tarragona». Se entrevista con el General Blake, que acaba de organizar el Estado Mayor español (22), y, el 30 de junio, envía una nota acerca de ésta cuestión. En 6 de julio escribe también unas «Reflexiones sobre la isla de León, sobre su defensa y sobre lo que he visto, así como sobre Cádiz». Sin embargo, el tiempo pasaba y aunque el príncipe francés continuaba siendo tratado muy cortésmente, no se decidía nada sobre su destino.

(19) Vid. ARTECHE: *Guerra de la Independencia*. (T. IX, p. 74, nota 1).

(20) GUILHERMY: *Ob. cit.*, p. 257. El Duque de Angulema sería únicamente autorizado, en 1814, a seguir de lejos a Wellington, en territorio francés.

(21) GUILHERMY: *Ob. cit.*, pp. 257 y 260.

(22) Vid. Real Orden de creación del Cuerpo de Estado Mayor y Apuntes del General Blake sobre su establecimiento en España (publicadas en la obra de BENAVIDES Y YAQUE: *El Capitán General D. Joaquín Blake y Jones, un volumen en folio*, Madrid, 1960, cap. VII, documentos 1 y 2, pp. 301-304 y 304-320).

Inopinadamente presentó a la Regencia una Memoria que leyó en la sesión del 28 de julio, concebida en los siguientes términos: «Después de un mes de vana espera..., he hecho mil gestiones; he pasado revista a los dos ejércitos, español e inglés; he redactado varias memorias militares, y nada he obtenido en cambio, salvo palabras. Se ha llegado a decir que he venido a España sin ser llamado. Os doy mi palabra que el público será informado sobre el particular (23)... Se ha dicho que había venido a mandar un cuerpo de desertores franceses; no es cierto, era a los españoles a quienes deseaba tener el honor de mandar y conducir a la victoria... Para provocar esas deserciones y dar algún incentivo a los transfugas..., era necesario que los españoles y yo hubiéramos derrotado plenamente a los franceses. Se ha dicho que había intentado formar una legión con los prisioneros franceses hechos al enemigo. Me sonrojo tan solo de citar un supuesto tan absurdo; no soy únicamente un soldado, un general; soy un príncipe». Exigía que se publicase cuanto había sido hecho, para su mejor justificación.

Por último, solicitó de la República una respuesta escrita, que le fue enviada, puntualizando: «1.º Que el Duque no fue propiamente convidado sino admitido, pues, habiendo hecho varias insinuaciones, y aun solicitudes por sí, y por su comisionado Don Nicolás Broval, para que se le permitiese venir a los ejércitos españoles a defender los derechos de la augusta casa de Borbón; y habiendo manifestado el beneplácito de Luis XVIII y del rey de Inglaterra, se había condescendido a sus deseos con la generosidad que correspondía a su alto carácter, explicando la condescendencia en términos tan urbanos que más parecía un convite que una admisión. 2.º Que se ofreció dar al Duque el mando de un ejército en Cataluña, cuando nuestras armas iban boyantes en aquel Principado y su presencia prometía felices resultados; pero que desgraciadamente su llegada a Tarragona se verificó en un momento crítico, cuando se había trocado la suerte de las armas, y se combinaron una multitud de obstáculos que impidieron cumplirle lo prometido, y que tal vez se hubieran allanado si el Duque, no dándose tanta prisa a venir a Cádiz, hubiese permanecido allí algún tiempo más. 3.º Que el Gobierno se ha ocupado y ocupa seriamente en proporcionarle el man-

(23) El Duque hacía imprimir en Londres su correspondencia con los regentes, y podía esperar, así, darla a conocer al público.

do ofrecido, u otro equivalente; pero que las circunstancias no han cuadrado hasta ahora con sus medidas» (24).

Todo este tejemaneje acaba por suscitar la más viva oposición. Wellesley, el embajador de Inglaterra, hermano de Wellington, decide alejar al Príncipe, y, el 28 de julio, le envía el Almirante Keats para insinuarle que el Gobierno inglés desea que el Duque de Orleáns se traslade pronto a Inglaterra, y a tal fin, pone un navío a su disposición. Invitado a reiterar esa comunicación por escrito, el almirante, «muy avergonzado, respondió que así lo haría» (25).

El 29 de julio, ante la respuesta evasiva del Duque, Wellesley le visitó para invitarle a regresar a Inglaterra, y, «aunque carecía de instrucciones oficiales», confirmó por escrito su comunicación.

El Duque le dio también las gracias por escrito, protestando de «su deseo de ser siempre grato a Su Majestad Británica y a su Gobierno, en tanto que su honor y su deber se lo permitan», y rogándole transmitiera la expresión de tal deseo, al responder a la «carta particular» en que se trataba del asunto.

La pequeña habilidad de calificar de «carta particular» la comunicación del embajador, no mejora la situación, pero permite al Duque prolongar su estancia en España, a pesar del aviso, al que considera como un consejo privado y no como una orden oficial del Gabinete que le paga. Pero Luis Felipe se empeñaba en una partida demasiado fuerte.

Como, en su sesión del 2 de agosto, el Consejo de Regencia decidiera confiar al Duque el mando del ejército de Galicia, don Eusebio de Bardaxí y Azara, Secretario de Estado e interino de la Guerra, recibió la visita de Mr. Wellesley, que venía a anunciarle, a título privado, que su Gobierno desaprobaba tan rotundamente tal medida, que él (Wellesley), se vería obligado a reembarcarse si llegaba a ser adoptada en firme. Con lo cual, el Consejo hubo de rectificar su decisión.

En definitiva, ya no será el Consejo quien decida, sino las Cortes, que acaban de reunirse y han recabado para sí la Soberanía

(24) Según el texto original español, reproducido por Toreno, en su *Historia del levantamiento, guerra y revolución de España*. (Librería Europea de Baudry, París, 1838, tomo II, Libro XIII, apéndice núm. 6, p. 433). (*N. del T.*).

(25) GUILHERMY: *Ob. cit.*, p. 271. Conversaciones entre el Duque de Orleáns, el Almirante Keats y Mr. Wellesley, que acompaña a la carta del Duque a M. de Guilhermy, fechada en Cádiz, los días 5 y 8 de septiembre de 1810.

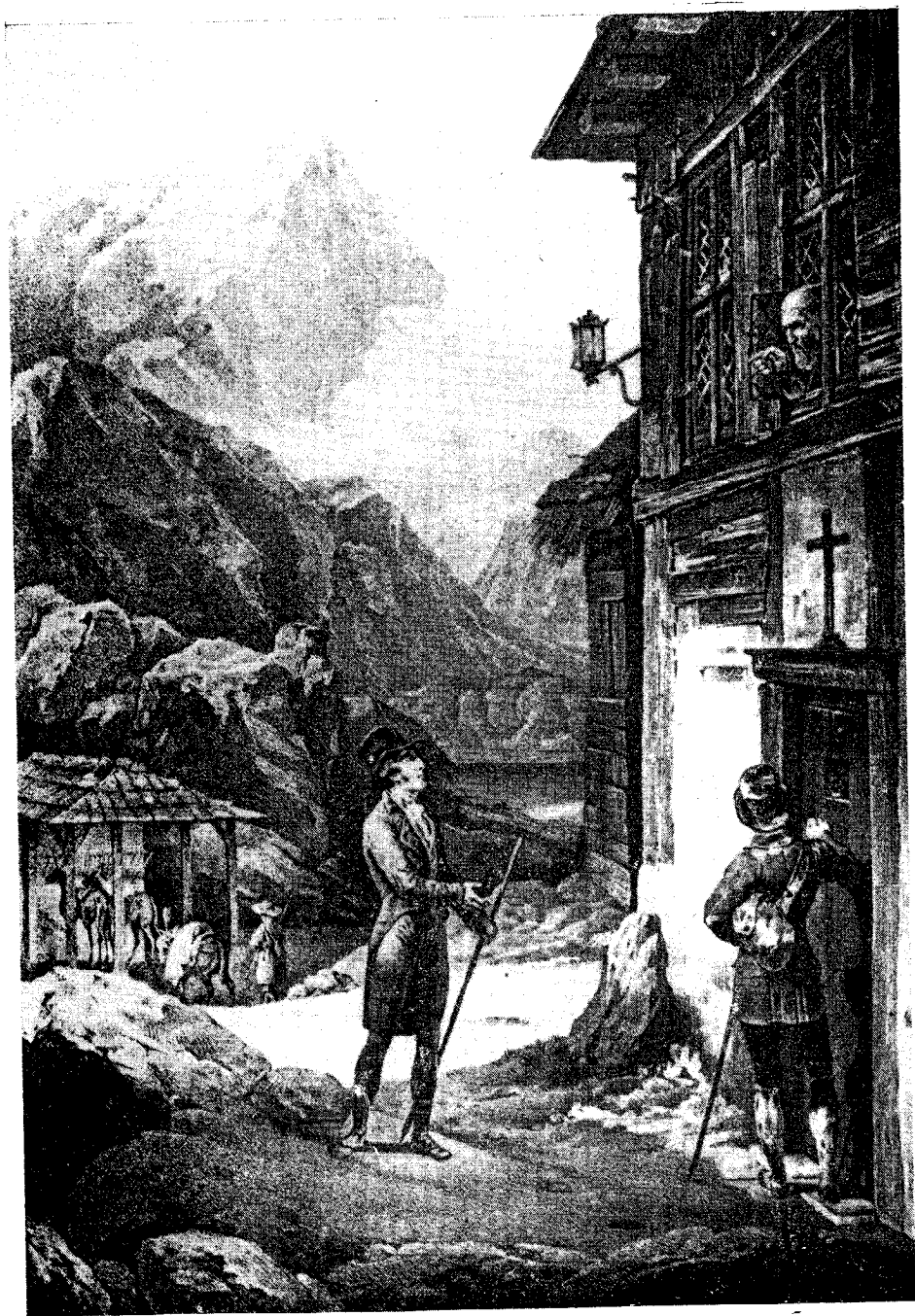
con el título de Majestad, mostrándose desde su inauguración extremadamente liberales. Ahora bien, una circunstancia particular va a influir entonces contra los deseos del Duque. Estaba muy lejos —como es bien sabido—, de ser un beato. A su futura suegra le había confiado: «En su juventud y hasta en el ejército republicano, era devoto; pero, después, en el bullicio del gran mundo, sus prácticas religiosas se relajaron; aunque espera volver a ellas; pues se siente verdadera y firmemente adherido a la doctrina católica. Le encantará casarse con una mujer piadosa, pero no desea tener a su alrededor directores espirituales que se meten en todo» (26).

No obstante y, sin duda, para adaptarse a las costumbres españolas, se había hecho acompañar de un capellán, quien, a bordo de la «Venganza», entabló conversación con un caballero gaditano, don José María Gutiérrez de la Huerta, emparentado con diputados de las Cortes y personas influyentes de Cádiz, que había sido Cónsul de España en diversos puertos de Sicilia. De tales conversaciones, en las que el capellán se mostraba violentamente opuesto a todo régimen constitucional —sobre todo, en un país del que el Rey estaba ausente—, el caballero dedujo —tal vez demasiado a la ligera— que la venida del Duque «no tenía otro fin que oponerse a que las Cortes aprobasen una Constitución, prevaleciéndose de su autoridad de príncipe y del mando de las tropas que le iban a ser confiadas» (27).

Lo cual resultaba tanto más grave, cuanto que los regentes —poco decididos ya de por sí a sostener al Duque—, comprendían muy bien que Wellesley lo consideraba como un rival de su hermano, el Duque de Wellington. Por último, los partidarios de la Romana —fuertemente apoyados por la Embajada y el Cuartel General británicos— eran también hostiles al príncipe francés. Corrían rumores de un tratado del Gabinete inglés con Portugal para sostener la candidatura del infante lusitano D. Pedro, tal vez, con el oculto pensamiento de eliminar definitivamente a los Borbones de España, incluyendo a Fernando VII, y de acabar con el fantasma de los «Factos de Familia», como cierta entrevista de Wellesley con Castaños lo hacía suponer.

(26) *La Jeunesse de Marie Amélie*, p 185.

(27) ADOLFO DE CASTRO: *Historia de Cádiz y su provincia*, extracto comunicado muy amablemente por el Capitán de Navío D. Carlos Martínez Valverde, a quien expreso mi gratitud.



Luis Felipe, fugitivo en Suiza.
Litografía de la Galería del Palais Royal.



La princesa María Amalia de Nápoles, esposa de Luis Felipe, futura reina de los franceses.

Boceto publicado, sin indicación del autor, en la obra de Imbed de S'Amand.

Una propaganda activa fue dirigida contra el Duque, a quien se reprochaba ser francés y pariente de María Luisa, entonces emperatriz de los franceses, pero también sobrina-nieta de la reina de Nápoles (suegra de Luis Felipe) y sobrina de María Amelia. Todas las semanas aparece, en una u otra gaceta, un artículo para recordar esta horrible alianza y falso matrimonio» (28).

Finalmente, el propio embajador de las Dos Sicilias se vio obligado a unirse a la corriente. «No os fieis demasiado del príncipe de Castelcicala, a pesar de lo que os diga; pues tengo motivos para considerarle mal dispuesto para el Duque de Orleáns», escribe el Duque de Kent, en 20 de septiembre (29).

En las Cortes, todas estas intrigas tienen su natural repercusión: «Nuestros amigos se han unido a los partidarios de las ideas modernas en la nueva Asamblea. Ha sido un triste final; ni los unos ni los otros deseaban un príncipe» (30).

El Mariscal Soult —según Víctor Hugo—, había propuesto al Duque de Orleáns una entrevista para «comprometerle», como le diría, andando el tiempo, el propio Mariscal al Príncipe, ya Rey, del que llegó a ser Ministro de la Guerra. «¡Comprometerme, comprometerme!»; eso se llama ahora «comprometer». «En realidad, me habríais hecho fusilar», habría contestado Luis Felipe.

La anécdota resulta divertida, pero suscita no pocas reservas, porque era el Mariscal Víctor quien mandaba el ejército que asediaba Cádiz. Durante el verano de 1810, Soult estaba en Sevilla. No cabe imaginar que el Duque se dejase abordar en la plaza sitiada por un emisario francés, a riesgo de indisponerse con las Cortes y ser acusado de doblez. A pesar de los complots tramados en su ejército, pero de los que el Emperador parece haberle considerado inocente, y de sus altercados con el rey José, no se imagina uno tampoco a Soult adherido ya entonces a la facción de Orleáns. Como la aventura del Duque de Enghien pesaba aún sobre la gloria imperial, únicamente para comprometerle hubiera podido, tal vez el citado mariscal, proponer —por inverosímil que resulte— una entrevista a su futuro rey, todavía en campo enemigo.

Cansado, al fin, de recibir buenas palabras de la Regencia; comprendiendo que el tiempo trabajaba contra él; informado de que

(28) El Duque de Orleáns a Guilhermy, Cádiz, 5 de septiembre de 1810.

(29) GUILHERMY: *Ob. cit.*, p. 281.

(30) GUILHERMY: *Ob. cit.*, p. 281, Broval a Guilhermy, 16 de octubre de 1810.

las Cortes discutían su caso, y sabiendo que, si algunos habían pensado seriamente en confiarle la regencia, la mayoría se volvía ahora contra él; como las Cortes se encontraran deliberando el 30 de septiembre, en sesión secreta, para que se intimara al Duque a salir de Cádiz, Luis Felipe, vistiendo el uniforme de Capitán General español, montó a caballo y se dirigió al galope al palacio de las Cortes, en la isla de León, y pidió que se le dejara hablar en la tribuna de la Asamblea.

Se rogó a Luis Felipe que esperara a que terminara la sesión secreta, «prolongada por la incertidumbre de los unos y la malevolencia de los otros». El Duque hubo de permanecer así largo tiempo en un local poco decoroso para su persona. Algunos diputados y curiosos, atraídos por la novedad del hecho, circulaban y discutían a su alrededor. Por último, don Evaristo Pérez de Castro y el Duque de Medina Sidonia le expresaron, en nombre de las Cortes, su decisión de rehusarle el permiso de continuar en Cádiz por más tiempo. El Duque insistió; los diputados persistieron en su negativa, usando de los términos más corteses posibles para no incurrir en ofensa» (31).

Al General Villavicencio, Gobernador de Cádiz, se le encomendó la delicada misión de no perder de vista al príncipe francés, hasta verlo embarcado y a punto de abandonar España, y supo salir del paso con muchísimo tacto.

Luis Felipe había contestado a la nota de las Cortes confirmándole la orden verbal de partir, en términos muy mesurados, que se marcharía el 3 de octubre; y, efectivamente, se embarcó en dicho día en la fragata «Esmeralda», que el 5 se dio a la vela para Sicilia, a donde llegó felizmente. La aventura española del futuro «rey de los franceses» había terminado.

La actividad del Duque de Orleáns en Cataluña apenas tuvo eco en Francia. Sin embargo, el 11 de octubre de 1810, el subprefecto de Céret anuncia al prefecto de los Pirineos Orientales la eventualidad de una incursión de los españoles, que «se jactan todavía de poder invadir nuestro departamento por el Col del Portell, Saint-Laurent-de-Cerdans, la Cerdaña y el mar; anunciando una proclama que debe

(31) ADOLFO DE CASTRO: *Historia de Cádiz...* (extracto citado). El General Arteché, en el tomo IX de su *Guerra de la Independencia* (p. 72 y siguientes), expone la aventura del Duque de Orleáns y su episodio final, de acuerdo con la versión de D. Antonio Alcalá Galiano, testigo presencial del hecho.

aparecer muy pronto, por la que el Duque de Orleáns sería nombrado regente de España y Generalísimo de sus ejércitos. Hablan también de grandes éxitos alcanzados sobre nosotros en la Cerdeña y sobre el Ebro...» (32). Para entonces, hacía ya seis días que el Duque estaba en camino de Sicilia.

La intervención personal del embajador de Inglaterra constituyó un factor importante de su fracaso. Toreno, al citar «el manifiesto, o sea, el diario manuscrito de la primera regencia..., extendido por don Francisco de Saavedra, uno de los regentes y principal promotor de la venida del Duque», reproduce los pasajes relativos a este asunto, y especialmente, lo ocurrido en el 2 de agosto: «A primera hora se trató acerca del duque de Orleáns, a quien por una parte se desea dar el mando del ejército, y por otra parte se halla la dificultad de que la Inglaterra hace oposición a ello. En efecto, el embajador Wallesley ha insinuado ya, aunque privadamente, que en el instante que a dicho duque se confiera cualquier mando o intervención en nuestros asuntos militares o políticos, tiene la orden de su corte para reclamarlo...» (33).

Sin embargo, Wellington, contra toda verosimilitud, comunica a Dumouriez una versión de la aventura muy discutible: «Ese príncipe (Luis Felipe), a quien sólo conozco por su reputación, y por el que siento el mayor respeto, ha entrado en España con mal pie..., viniendo a Cádiz. En su séquito figuraban personas indignas de su confianza y muy indiscretas, que el mismo día de su llegada comenzaron a hablar del beneficio que reportaría a la nación española que el Duque de Orleáns fuese proclamado Regente» (34). Hasta aquí la versión parece exacta. La continuación es un relato muy deformado de las relaciones del Duque con las Cortes. Y termina con un alegato en que el papel de Wellesley se halla completamente falseado, sea porque Wellington ignorase la verdad —lo que se nos antoja increíble—, o porque pretendiese disimularla:

«Se muy bien que os han dicho y que el Duque lo cree de buena fe, que todo lo que le ha sucedido ha sido provocado por las intri-

(32) Citado por J. FREIXE: *Le passage du Perthus. 1790-1876* (en el *LV^e Bulletin de la S. A. S. L. des Pyrénées Orientales*, p. 279).

(33) CONDE DE TORENO: *Ob. y ed. cit.*, t. 2, lib. XIII, ap. núm. 6, pp. 430 y 433.

(34) *Dispatches*, Wellington a Dumouriez, Freneda, 3 de febrero de 1813.

gas de los ingleses. Por mi parte, ni siquiera sabía que el Duque estuviese en Cádiz, cuando fue despedido (35). Mi hermano me ha informado que había predicho al Duque lo que le iba a ocurrir, y que le aconsejó que se pusiera en guardia (36). Pero, a decir verdad, se nos acusa de muchas cosas en las cuales no hemos intervenido nunca, y en las cuales, los españoles no nos hubieran permitido intervenir. = Si hubiera querido perder al Duque de Orleáns, me habría bastado dejarle continuar por el camino en que, desgraciadamente, se había metido; y creo que sólo hubiese podido salvarle, oponiéndome, como inglés, a su intento. Mi hermano ha hecho lo que consideraba su deber; le predijo su desdicha, y no se puso jamás en favor ni en contra de sus miras. = Me he lamentado con frecuencia de la desgracia ocurrida al Duque de Orleáns. Se trata de un príncipe muy estimable por su carácter, sus talentos y su reputación, que hubiera podido hacer mucho por este desgraciado país. Pero os puedo asegurar que no ha sido nuestra la culpa» (37).

Esta carta, verdadero escrito de descargo del jefe del ejército inglés, parece destinada, por encima de Dumoriez, al Duque de Kent, de cuyas críticas a Wellesley (el «Nabab», el «Mongol») estaba enterado Wellington, e, incluso, al Duque de Orleáns, pues por la época en que fue redactada, no se trataba ya de España, sino de Francia, y el Generalísimo británico, mal dispuesto para la rama mayor de los Borbones, está muy al corriente de las intrigas del activo partido orleanista y de las nuevas probabilidades con que cuenta el antiguo «ayudante de campo» de Dumouriez.

En los escritos de este último general —publicados por un personaje que vivió a su sombra y está muy bien informado—, existe un pasaje que nos ilustra sobre el particular.

En la época de la intervención francesa en España de 1823, Dumouriez y el primer ministro inglés Canning, planeaban «un cambio de dinastía en Francia, como el único medio de salvar a Europa del despotismo y conciliar los intereses y libertades de los pueblos con la paz del mundo», y, naturalmente, con las miras del Gabinete de Londres.

Ya no se trataba del trono de Méjico, de un ejército o una re-

(35) ¡Lo cual puede muy bien ser verdad.

(36) Ya hemos visto cómo.

(37) El historiador inglés Oman se extiende muy poco sobre este episodio (*A History of the Peninsular War*, un vol. en 8.º, t. III, p. 195).

gencia en España, o de un mando en Italia, sino de reemplazar en Francia a unos soberanos retrógados y demasiado independientes, por un rey más progresivo y más modesto.

El 26 de noviembre de 1814, Wellington escribe todavía a Dumouriez: «Veo a menudo a vuestro «ayudante de campo», que es un hombre muy interesante, aunque opino que se forma una idea algo exagerada de la situación. Todo resulta nuevo aquí, y ya sabéis que las cosas nuevas, sobre todo, cuando son complicadas, no marchan bien...».

La situación se irá agravando con el tiempo, y siete años después de la muerte de Dumouriez llegará la hora por él tan deseada. Con el asentimiento del anciano Lafayette, Luis Felipe será aclamado como «la mejor de las Repúblicas» y designado «rey de los franceses», de acuerdo con la Carta Constitucional revisada y bajo el emblema tricolor. A tal designación contribuyeron juntamente factores tan diversos, como su descendencia de Enrique IV, los intereses de la banca parisiense, el tumulto popular, la Guardia Nacional burguesa, las esperanzas de los militares a medio sueldo (veteranos del Imperio) y el beneplácito de Inglaterra.

Sin embargo, el rey de los franceses chocará de nuevo con la política inglesa, cuando vuelva a interesarse por los asuntos de la Península, pretendiendo, con ocasión de los matrimonios españoles (38), asegurar las buenas relaciones entre ambos pueblos y la alianza de sus familias reinantes, igualmente constitucionales, liberales y usurpadoras, a los ojos de los legitimistas de Francia y los carlistas de España.

(38) De la reina Isabel II y de su hermana, la infanta Luisa Fernanda. (N. del T.).